

se han privado hasta del orden, y no han podido conservar el principio de unidad: pero, en fin, si las hubiera dominado la verdad, como ellas se glorian, no se necesitaba otra cosa para unir las en una misma confesion, sino que aceptasen todas el símbolo de la primera á quien Dios concediese la gracia de exponer la verdad.

Finalmente, leemos tambien en el prólogo de Ginebra que si la Reforma no hubiera formulado mas que una profesion de fe, se hubiera tenido este consentimiento por un concierto estudiado; en lugar de que un consentimiento entre tantas iglesias y profesiones de fe, sin haber precedido ningun concierto, es la obra del Espíritu Santo. Este concierto seria, en efecto, maravilloso; pero por desgracia falta á estas confesiones de fe la maravilla del consentimiento; y esta Historia hará patente que jamás hubo una inconstancia tan extraña en una materia tan formal, como la que reinó entre los Protestantes.

XVII.—*Los Protestantes de los dos partidos intentan en vano reunirse bajo una sola y uniforme confesion de fe.*

Se conoció en la Reforma tan grave mal, y se procuró remediarle, aunque en vano. Todo el segundo partido de los Protestantes ha tenido una reunion general, para redactar una comun confesion de fe; pero verémos por sus actas¹, que tan grande como era el inconveniente de no tener ninguna, tan imposible era convenir en una.

Los Luteranos, que parecia estaban mas unidos en la confesion de Ausburgo, no se han visto menos embarazados con sus ediciones, diferentes unas de otras, y no han podido hallar un remedio mejor, que los Calvinistas².

XVIII.—*Cuánto degeneran estas variaciones de la antigua sencillez del Cristianismo.*

Fatigará ciertamente el ver tantas variaciones, y tantas falsas sutilezas en la nueva Reforma; tanto abusar de las palabras; tantos y tan diversos acomodamientos, y tantos equívocos y explicaciones forzadas en que se fundan aquellas variaciones. ¿Es esta la religion cristiana, que los paganos admiraban en otro tiempo como tan sencilla, tan precisa, tan clara en sus dogmas? *Christianam religionem absolutam et simplicem*. No ciertamente, no lo es. Amiano Marcelino tenia razon, cuando decia que Constancio, por medio de todos sus

¹ Lib. XII. — ² Lib. III, VIII.

concilios y de todos sus símbolos, se habia alejado de esta admirable sencillez y habia debilitado el vigor de la fe por el continuo temor de engañarse en sus sentimientos¹.

XIX.—*Por qué será necesario hablar muchas veces en esta Historia de aquellos á quienes los Protestantes llaman los reformadores.*

Aunque mi intencion es presentar en esta Obra las profesiones de fe y las demás actas públicas en que aparecen las variaciones, no de personas particulares, sino de las iglesias enteras de la nueva Reforma; no podré menos de hablar al mismo tiempo de los jefes de partido que han compuesto estas profesiones, ó que han dado lugar á semejantes mutaciones. Así hablaré de Lutero, Melancton, Carlostadio, Zuinglio, Bucero, OEcolampadio, Calvino y otros; pero nada diré que no esté tomado las mas de las veces de sus propios escritos, y siempre de autores nada sospechosos: de modo que no habrá en toda esta narracion ningun hecho que no sea constante, y útil para dar á conocer las variaciones cuya historia me propongo escribir.

XX.—*Piezas de esta Historia, de dónde están tomadas. Por qué no hay historia mas cierta ni mas auténtica que esta.*

Con respecto á las actas públicas de los Protestantes, además de sus confesiones de fe y sus catecismos que andan en manos de todos, he hallado algunas en la coleccion de Ginebra; otras en el libro intitulado *Concordia*, impreso por los Luteranos el año de 1654; otras en el resultado de los sínodos nacionales de nuestros supuestos reformadores, que he visto en forma auténtica en la biblioteca del rey; otras en la Historia sacramentaria, impresa en Zurich, el año de 1602 por Hospiniano, autor zuingliano; ó en fin, en otros autores protestantes: en una palabra, nada diré que no sea auténtico é incontestable. Por lo demás en cuanto al fondo de las cosas, todo el mundo sabe cuál es mi creencia; yo soy católico, tan sumiso como el primero á las decisiones de la Iglesia, y con tal disposicion, que nadie teme mas que yo preferir sus propios sentimientos al sentimiento universal. Esto supuesto, querer presentarme neutral é indiferente á título de historiador, ó disimular lo que soy

¹ Ammian. Marcel. lib. XXI.

cuando nadie lo ignora, seria causar al lector una ilusion muy grosera; pero con esta sincera confesion, aseguro á los Protestantes, que no pueden dejar de darme crédito, y que jamás leerán una historia, sea la que quiera, mas verídica é indudable que esta; porque en todo cuanto digo contra sus autores y sus iglesias, nada refiero que no esté probado claramente por su propio testimonio.

XXI.—*Algunas objeciones que se pueden hacer contra esta Obra.*

Me he tomado el trabajo de copiarlos, y acaso el lector se quejará de que no le haya ahorrado el trabajo de leerlos. Á otros no les gustará que me pare en algunas cosas, á su parecer despreciables; pero además de que los que están acostumbrados á tratar las materias de la Religion, saben bien que en asunto tan importante y delicado, cási todo, hasta la menor palabra, es esencial; he tenido que considerar, no lo que las cosas son en sí mismas, sino lo que han sido ó son todavía en la mente de las personas con quienes tengo que disputar; y sobre todo se conocerá bien que esta Historia es de un género particular; que debe presentarse con todas sus pruebas, y fortificada, digámoslo así, por todos lados; y que ha sido preciso aventurarse á hacerla menos divertida, á trueque de hacerla mas convincente y mas útil.

XXII.—*Que hay algunas cosas que ha sido necesario tomar de mas alto, como la historia de los Valdenses, de los Albigenses, de Juan Viclef, y de Juan Hus.*

Aunque mi propósito me encierra en la historia de los Protestantes, he creído que debia subir mas arriba¹ en ciertas ocasiones, esto es, cuando se vió á los Valdenses y á los Husitas reunirse con los Calvinistas y Luteranos. Ha sido, pues, necesario en estas ocasiones dar á conocer el origen y las opiniones de estas sectas, manifestar su descendencia, distinguirlas de aquellas con las cuales se ha querido confundirlas, descubrir el maniqueismo de Pedro de Bruis y de los Albigenses, y manifestar cómo y en qué sentido han salido de ellos los Valdenses; referir las impiedades y blasfemias de Viclef, de quien traen su origen Juan Hus y sus discípulos; en una palabra, revelar la vergüenza de todos estos sectarios á los que se glorian de tenerlos por sus predecesores.

¹ Lib. XI.

XXIII.—*Por qué se sigue el orden de los tiempos sin distincion de materias.*

En cuanto al método de la Obra, se verán caminar en ella las disputas y decisiones por el mismo orden con que han aparecido, sin distincion de materias, porque los tiempos mismos me invitaban á hacerlo así. De este modo se notarán mejor las variaciones de los Protestantes y el estado de sus iglesias. Poniendo á la vista simultáneamente las circunstancias de tiempos y lugares, se verán tambien las cosas con mas claridad, y esto podrá conducir para la conviccion ó la defensa de las personas de quienes se trata.

XXIV.—*Se trata reunida toda la materia de la Iglesia. Estado presente de esta famosa disputa, y á qué términos la han reducido los ministros Claudio y Jurieu.*

Solo pongo aparte una controversia, la controversia acerca de la Iglesia¹, materia tan importante, que ella sola pudiera darnos la decision de la causa, si no estuviera tan embrollada en los escritos de los Protestantes, como clara é inteligible es en sí misma. Para restituirla su claridad y sencillez natural, he reunido en el último libro todo lo que he tenido que referir sobre este punto, á fin de que, una vez bien entendida la cuestion, pueda el lector conocer por qué las nuevas iglesias se han visto obligadas á volver sucesivamente de tantos lados lo que en el fondo nunca podia tener mas que una y la misma faz; porque, en fin, todo se reduce á mostrar dónde estaba la Iglesia antes de la Reforma. Naturalmente se la debe considerar visible, segun la comun idea de todos los Cristianos, y así lo suponian las primeras profesiones de fe, como se verá en las de Ausburgo y Estrasburgo, que son las dos primeras en cada partido de los Protestantes: preguntando, pues, dónde estaba la Iglesia antes de la Reforma, se les obliga á manifestar, no qué personas particulares esparcidas acá y allá profesaban su doctrina, unos sobre un punto y otros sobre otro, sino qué cuerpos de iglesias, es decir, qué cuerpos compuestos de pastores y de pueblos creian lo que creen los Protestantes. Por mucho tiempo han estado los Protestantes entreteniéndose al mundo con decir, que verdaderamente no siempre se veia la Iglesia con claridad; pero que en todos tiempos ha habido alguna pequeña reunion donde la verdad se conservaba. Mas como por

¹ Lib. XV.

último no se pudo señalar ninguna reunion ni pequeña ni grande, ni clara ni oscura, que fuese de la creencia de los Protestantes, creyeron que era un buen expediente el recurrir á la Iglesia invisible, y sobre esta cuestion ha rodado por mucho tiempo la disputa. En nuestros dias, sin embargo, ya se ha conocido que la Iglesia reducida á un estado invisible era una quimera irreconciliable con el plan de la Escritura y la comun nocion de los Cristianos; y los Protestantes abandonaron esta mala posicion, viéndose precisados á buscar su sucesion hasta en la Iglesia romana. Dos famosos ministros de Francia, Claudio y Jurieu, han trabajado á porfia en salvar los inconvenientes de este sistema. No se podia ostentar ni mas talento ni mas estudio, ni mas sutileza y habilidad, ni mas, en una palabra, de cuanto se necesitaba para defenderse bien; no se podia presentar mejor actitud, ni relegar á sus adversarios con un aire mas altanero y desdeñoso al país de los talentos menguados, y de los misioneros tan despreciados por los ministros: sin embargo, la dificultad que se queria presentar tan ligera, se halló por último tan grande, que introdujo la division en el partido. Por fin se reconoció públicamente que en la Iglesia romana, lo mismo que, segun ellos, en las demás iglesias, se sigue la esencia del verdadero Cristianismo, y que cualquiera se puede salvar en ella; secreto que la política del partido habia tenido tan oculto por largo tiempo. Por lo demás, se nos han dado tantas ventajas; han tenido los Protestantes que dar en excesos tan visibles; han olvidado de tal manera, así las antiguas máximas de la Reforma, como sus profesiones de fe, que yo no puedo dejar de referir esta mudanza en toda su extension. Y si me he propuesto trazar aquí con cuidado el plan de estos dos ministros, y dar á conocer bien el estado en que han colocado la cuestion, es porque hablando de buena fe, he hallado en sus escritos, á par de la destreza mas fina, toda la erudicion, todas las sutilezas que habia podido observar en cuantos autores he conocido, tanto luteranos como calvinistas; y si los Protestantes quisiesen desmentirles, con el pretexto de los absurdos en que se les haria caer, y quisiesen refugiarse de nuevo ó en la Iglesia invisible, ó en las demás trincheras abandonadas, seria como el desórden de un ejército vencido, que consternado por su derrota, quisiera volver á entrar en los fuertes que no habia podido defender, exponiéndose á verse muy pronto forzado á volverlos á evacuar: ó bien como el desasosiego de un enfermo, que despues de haber dado inútilmente mil vueltas en

la cama, buscando una postura mas cómoda, volviere á la que habia dejado, en la cual tambien conoceria que no estaba mejor.

XXV.— *Cuáles y cuán sanas serán las quejas que podrán darnos los Protestantes.*

Solo temo una cosa; y es, si se me permite decirlo, hacer ver demasiado á nuestros hermanos lo insubsistente de su Reforma. Algunos de ellos se agriarán contra nosotros, mas bien que calmarse, al ver en su religion un vicio tan manifesto, por mas que no sea mi ánimo imputarles la desgracia de su nacimiento; y aun les compadezco mas bien que increparles. Pero ellos no dejarán de levantarse contra nosotros. ¡Cuántas recriminaciones se prepararán contra la Iglesia, y cuántas reconvenções tal vez contra mí, sobre la naturaleza de esta Obra! ¡Cuántos adversarios nuestros dirán, aunque sin razon, que me he separado de mi carácter y de mis máximas, abandonando la moderacion que ellos mismos han alabado, y convirtiendo las disputas de religion en acusaciones personales y particulares! Pero ciertamente no tienen razon: si esta Historia hace odioso el proceder de la Reforma, los hombres imparciales verán muy bien que en este asunto no soy yo el que habla sino la cosa misma. De ninguna manera se trata de hechos personales en un discurso, en que me propongo presentar sobre las materias de la fe las actas mas auténticas de la religion protestante. Y si se halla en sus autores, á quienes se ensalza como unos hombres extraordinariamente enviados para hacer renacer el Cristianismo en el siglo XVI, una conducta directamente opuesta á este designio, y si se ven generalmente en el partido que han formado todos los caracteres contrarios á un cristianismo renaciente; los Protestantes aprenderán en este lugar de la historia á no deshonorar á Dios y á su Providencia, atribuyéndole una eleccion especial que seria visiblemente mala.

XXVI.— *Qué recriminaciones pueden serles permitidas.*

En cuanto á las recriminaciones, será preciso sufrirlas con todas las injurias y calumnias con que nuestros adversarios acostumbran á cargarnos; pero yo exijo de ellos dos condiciones que hallarán equitativas: 1.^a que no sueñen siquiera en acusarnos de variaciones en punto de fe, sino despues de haberse purgado ellos de esta

falta; en otro caso es necesario confesar que no sería responder á lo que decimos en esta Historia, sino deslumbrar al lector y engañar; 2.^a que no opongamos razonamientos ó conjeturas á hechos ciertos, sino hechos constantes á hechos constantes, y decisiones de fe auténticas á decisiones de fe auténticas. Si por medio de tales pruebas nos demuestran la menor inconstancia, ó la menor variación en los dogmas de la Iglesia católica desde su origen hasta nosotros, es decir, desde la fundación del Cristianismo, confesaré que tienen razón, y yo mismo borraré toda mi Historia.

XXVII.— *Esta Historia es muy ventajosa para el conocimiento de la verdad.*

En cuanto á lo demás, no es mi ánimo formar una relación seca y descarnada de las variaciones de nuestros reformados; sino que descubriré sus causas; mostraré que no se ha verificado entre ellos ningún cambio que no marque un inconveniente en su doctrina, y que éstos inconvenientes son un efecto necesario de tales mudanzas: sus variaciones, lo mismo que las de los Arrianos, descubrirán lo que ellos han querido disculpar, lo que ellos han querido suplir, y lo que han querido disfrazar en su creencia. Sus disputas, sus contradicciones y sus equívocos, darán un testimonio á favor de la verdad católica: también será necesario de tiempo en tiempo presentarla según es en sí, á fin de que se vea por cuántos caminos se ven estrechados sus enemigos á reconciliarse con ella. Así, en medio de tantas disputas y embarazos inevitables de la nueva Reforma, la verdad católica resplandecerá por todas partes como un sol refulgente que disipará las más espesas nubes; y á la verdad si yo ejecuto mi plan según Dios me lo ha inspirado, será una demostración de la justicia de nuestra causa, tanto más perceptible, cuanto que procederá por principios y por hechos constantes entre las partes.

XXVIII.— *Y para facilitar la reunión.*

En fin, las disensiones y los acomodamientos entre los Protestantes nos harán ver en qué hacen consistir de una y otra parte lo esencial de la Religión; el fondo de la disputa; lo que hay que concederles, y lo que es preciso á lo menos soportar según sus principios. Solo la confesión de Ausburgo decidirá á nuestro favor muchos más puntos que lo que se piensa, y sin género de duda lo más esencial que hay

en esta materia. También haremos reconocer al Calvinista, complaciente con los unos é inexorable con los otros, que lo que le parece odioso en el Católico y no en el Luterano, no lo es en el fondo. El ver que el Calvinista exagera contra el uno lo que aprueba ó tolera en el otro, nos basta para demostrar que no se conduce por principios, sino por aversión, lo que es un verdadero espíritu de cisma. Esta prueba que el Calvinista puede hacer por sí mismo, se extenderá más que lo que él cree. El Luterano hallará también muy abreviadas las disputas que conciernen á su creencia, por causa de las verdades que reconoce; y esta obra que al principio parecía contenciosa, se hallará en la realidad mucho más inclinada á la paz que á la disputa.

XXIX.— *Efectos que esta Historia debe causar en los Católicos.*

El Católico por su parte no cesará de alabar á Dios por la continua protección que dispensa á su Iglesia, para mantener la sencillez y la inflexible rectitud en medio de las sutilezas con que se oscurecen las verdades del Evangelio. La perversidad de los herejes será un grande espectáculo para los humildes de corazón, que aprenderán á despreciar con la ciencia que hincha la elocuencia que deslumbra; los talentos que el mundo admira les parecerán bien poca cosa, cuando vean tanta y tan vana curiosidad y tantos caprichos en los sábios, tantos disfraces y artificios en lo acicalado del estilo, tanta vanidad y ostentación, ilusiones tan peligrosas en los que se llaman talentos felices, y en fin tanta arrogancia, tanta ira, y en seguida extravíos tan frecuentes y manifiestos en unos hombres que parecen grandes, porque arrastran en pos de sí á otros. Tendremos que deplorar las miserias del espíritu humano, y conoceremos que el único remedio de tan grandes males es saber desprenderse de su opinión propia, porque esto es lo que constituye la diferencia entre el Católico y el Hereje. Es propio del Hereje, es decir, de aquel que tiene una opinión particular, adherirse á sus propias ideas; y es propio del Católico, es decir, del universal, preferir á sus sentimientos el sentimiento común de toda la Iglesia: esta es la gracia que pediremos para los que yerran. Entre tanto nos llenaremos de un santo y humilde pavor, al considerar las tentaciones tan peligrosas y delicadas que Dios envía algunas veces á

su Iglesia, y los juicios que ejerce con ella; y no cesaremos de orar para que el Señor la dé Pastores ilustrados igualmente que ejemplares, pues por no haber habido muchos revestidos de estas cualidades, ha sido tan indignamente destruido el rebaño rescatado á tan alto precio.

HISTORIA

DE LAS

VARIACIONES DE LAS IGLESIAS PROTESTANTES.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL AÑO DE 1517 HASTA EL DE 1520.

RESÚMEN.

Principio de las disputas de Lutero. Sus agitaciones. Se somete á la Iglesia y al Papa. Funda su Reforma en la justicia imputada: sus proposiciones inauditas; su condenacion. Su cólera, sus furiosas amenazas, sus vanas profecías, y los milagros de que se jacta. El Papado, segun él, debe caer repentinamente sin violencia. Promete no permitir que se tomen las armas en defensa de su Evangelio.

I.— *Se deseaba hacia ya muchos siglos la reforma de la Iglesia.*

Hacia muchos siglos que se deseaba la reforma de la disciplina eclesiástica: « ¡Quién me diera ver antes de morir, decia san Bernardo, á la Iglesia de Dios como estaba en los primeros dias ! » Si este santo hombre tuvo alguna cosa de que lamentarse al tiempo de morir, fue de no haber visto un suceso tan feliz. Lloró toda su vida los males de la Iglesia: no cesó de manifestárselos á los pueblos, al clero, á los Obispos, y á los Papas mismos; ni temia hacerlos presentes tambien á sus monjes, que al considerarlos se afligian con él en su soledad, y alababan tanto mas la bondad divina, por haberles atraido al claustro, cuanto mayor era la corrupcion en el mundo. Aumentáronse los desórdenes todavia mas en lo sucesivo; ni la

¹ Bern. Epist. 257 ad Eugen. Papam; nunc 238, n. 6.